

librero que osó exponer en sus vitrinas la piedra de escándalo, para no verse arruinado tuvo que recoger y quemar entera la edición.

A Shelley quiso aplicársele el mismo vulgar racero. El Dean imaginó encontrar en aquella creatura una desgracia humana. Lo imprecó para turbarlo. Mas estaba en presencia de un estudiante de honor que le dió esta respuesta rotunda: «No es ni justo ni legal interrogarme en esa forma. Procedimientos semejantes vendrían bien en un tribunal inquisidor, pero no en un país libre y de hombres libres.» El Cónclave escandalizado acordó la expulsión del estudiante indócil.

El castigo, según comenta Maurois, fué terrible, porque le cortó sus estudios, le cerró la entrada a las demás universidades, lo despojó de la paz que era el sustento de su vida, y le arrojó a la cólera feroz de su padre.

Fuó una tempestad lo que circundó la vida de Shelley, tempestad que se llevó los títulos ansiados por su padre para el varón único. Sin embargo, el manantial de luz de su decoro siguió resplandeciente. Lo mismo han salvado para sí y para su patria los estudiantes expulsados de Chile y de su Universidad. Vuelven sin títulos. ¿Para qué lograrlos, si se les imponía convertirse en rumiantes? A esto no fueron a Chile. Su condición no fué la de naufragos recogidos por caridad, sino la de espíritus libres. Y el ejercicio de la libertad debe ser constante, activo como única forma de imponer un rumbo creador a la vida.

Ah!, para que el país se poblara de generaciones influídas de un sentimiento puro del honor! Para que estos estudiantes que, como Shelley, pospusieron comodidades y honores, no contuyesen casos raros. Porque sólo los jóvenes pueden vigilar la grandeza de su patria. En ellos no hay temores ni cálculos estúpidos. Si necesitan decir al gobernante o al politicastro perverso que son desleales a los principios de decoro que rigen el trato con los negocios vitales de la nación, lo hacen y se sacrifican. Y es natural que sea el alma nueva la que tenga esa misión vigilante. Es natural también que se la tema y no constituya su existencia una aspiración de ningún plan de gobierno. Mientras lo que pase de generación a generación sea el arrebañamiento, no aparecerá nunca el peligro de que las aguas se agiten. Aguas quietas con croar de ranas es lo ideal para los que se constituyen en un país pontífices de su destino. Pueden así, en medio del coro estúpido, imponer los yerros más grandes y de todos los confines vendrá aprobación.

¿Quién les dirá a los hombres inescrupulosos que tienen responsabilidades grandes? Nadie se los dirá mientras no haya gente nueva, generaciones vigilantes, sin genuflexiones, sin zalamerías, sin el cálculo desgraciado que dé o conserve el halago de la posición de relieve.

No extendemos el pensamiento fuera de la realidad de nuestro país, en la aspiración por verlo lleno de mentes independientes. Creemos que uno de los bienes mayores por que se debe batallar aquí, sin tregua, reciamente, es este de

la formación de gente nueva. No podemos seguir aceptando que los listos y los necios vocean día día la crisis de hombres. Ellos miden por sus ambiciones la estatura de los demás. Pero precisa generalizar el principio de que mientras una nación no mate la rutina aplastante a que la han ceñido sus pontífices, no puede nadie hablar de que se ha entrado en orfandad. Y esa rutina sólo la cultura al servicio de las juventudes puede exterminarla.

Pero no nos hacemos ilusiones, porque comprendemos la magnitud de la tarea. Hablamos del poder renovador y vigilante de la gente nueva, sin querer afirmar con eso que está animada de cierta virtud milagrosa. Nos enciende la aspiración de confiar en ella el ejemplo de esos estudiantes expulsados por haber defendido su honor. No en todos, por jóvenes que sean, existe esa entereza. Lo usual es la timidez o el cálculo menguado como guía de casi todas las vidas. Existe el enorme peligro de que sus energías se vuelvan ponzoñas endemoniadas. Un pasaje de Plutarco está lleno de sabiduría cuando señala tal peligro: «La nombradía y los honores dispensados a los jóvenes, en los que son de índole ligeramente ambiciosa, vienen a ser, a lo que parece, una cosa temprana que apaga su espíritu y llena pronto su sed, dejándola fácilmente satisfecha». Pero no es para esa juventud sin lastre para la que anhelamos un advenimiento. Queremos la otra, la de aspiraciones reales que también señala Plutarco: «Pero a los de ánimo altivo y resuelto los honores los elevan y encienden, impeliéndolos, a manera del viento, a lo que les parece honesto; porque no los reciben como salario, sino que más bien son una nueva prenda que dan de que se avergonzarían de frustrar la esperanza que de ellos se tiene y de no hacerla correr con iguales hechos a los anteriores».

Allí están los dos sectores de juventud que pueblan una patria. De un lado los que se aquietan con el halago; de otro,

los que son siempre unidad de la lucha. Para unos el salario, es decir, los honores; para otros la oportunidad, el estímulo. Sin vacilar estamos con los segundos. Son los rebeldes, los fuertes, los vigilantes que no sucumben ni ceden jamás su puesto.

Qué trato tan diferente habrían recibido muchos de nuestros problemas económicos, educacionales, sociales, de no habernos faltado elementos «sin índole ligeramente ambiciosa.» ¡Pero como no hemos de caer en la lamentación estéril, miremos a lo porvenir, inspirémonos en Plutarco para trabajar por el advenimiento en nuestro país de gente austera, respetuosa de la defensa de las cosas de la patria.

Y cómo necesitamos batalladores que no capitulen! El poder de absorción que se nos está aplicando es tremendo y sólo matando las fuerzas oscuras que desde aquí lo incitan, podremos salvar lo que nos queda. La electricidad nacionalizada, por ejemplo, es un bien que requiere, para librarlo de la voracidad de la Electric Bond and Share Co., todas las voluntades unidas. De lo contrario nos tocará vivir en la opresora realidad en que están viviendo todos los países que han entregado su electricidad al extranjero que sirve designios siniestros.

No podemos conformarnos con la ley, aquí en donde no se legisla por principios, sino por conveniencias. Cuando esa Compañía inicie la campaña de desprestigio de la legislación eléctrica y de los hombres fuertes que la escudan, nos parece difícil que no se imponga.

Para librarnos de esa degradación es para lo que aspiramos a que el país forme generaciones vigilantes, de honor. Puesto el pensamiento en problemas de trascendencia, nos viene la reflexión que busca el advenimiento de espíritus nuevos. Sin ellos se nos va a vencer, vamos a recibir trato humillante. Los estudiantes que Chile y su Universidad intervenida por la dictadura han expulsado, vuelven como a poner una alborada en nuestro horizonte moribundo.

Juan del Camino

Cartago. Setiembre de 1930.

Dos Capítulos de El Apocalipsis de San Lenin

(Viene de la página 185)

en esta parábola: Que el terrateniente que no trabajó se enriqueció con el trabajo ajeno, y así hubo dolor y lágrimas en el tugurio del jornalero, desde cuya negra miseria se veían noche a noche las luces de la inacabable fiesta del que se cruzó de brazos.

10. Y un día, el que se cruzó de brazos fué ganado por la compasión. Dejó su fiesta, descendió al valle de las lágrimas, hizo limosna de dos monedas, y con ello retornó, henchido de contento, por el bien que había hecho.

11. Y mientras volvía, henchido de contento, el dedo de Dios lo señalaba a sus ángeles, y ángeles de justicia clamaban: Allá va el que dijo: *La tierra es mía*. Allá va el que dijo lo que no se puede decir. Porque la tierra es de Jehová, y así está escrito.

12. Sí. Porque la propiedad feudal de la tierra es también como en esta otra parábola:

Como barco en que pueden viajar cómodos y felices veinticinco remeros y en que cinco se tomaron el barco para sí.

13. ¿Cómo harán, entretanto, los otros para estar y no estar en la nave, para viajar en ella como es fuerza que viajen, y no ocupar sitio alguno?

14. La propiedad feudal del suelo es como barco en que los cinco déspotas condenaron a los veinte desheredados a viajar como naufragos cogidos de la borda, hundidos hasta el vientre en las aguas heladas.

15. Sí. Porque la propiedad feudal de la tierra es también como en esta parábola. Y es que como huerto de árboles frutales es la tierra, como huerto cargado de fruta y como campo de blanda mies y como maizal y como prado de hortalizas bien logradas, en que cuantos trabajaron arando, sembrando y recogien-